

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL RECTOR ARTURO FERNÁNDEZ CON MOTIVO DE LA CELEBRACIÓN DEL LXX ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DEL INSTITUTO TECNOLÓGICO AUTÓNOMO DE MÉXICO. SAN ÁNGEL, CIUDAD DE MÉXICO, 1 DE NOVIEMBRE DE 2016.

La letra del coro de la ópera Tannhäuser -de Wagner- que acabamos de escuchar dice así: “Gozosos te saludamos, ¡oh noble recinto!, ¡haya aquí por siempre tan solo arte y paz!, resuene aquí por siempre el grito alegre de ¡salve...!”. Y me atrevo a reescribirlo, a propósito de esta ceremonia -¡que Wagner me lo perdone!-, como sigue: “Gozosos te saludamos, ¡oh noble institución!, ¡haya aquí por siempre tan sólo cultura y vida intelectual!, resuene aquí por siempre la plegaria de ¡salve, ITAM!”.

Gozosos celebramos el 70 aniversario de la fundación de esta casa de estudios: el Instituto Tecnológico Autónomo de México –el ITAM-. Gozosos saludamos a nuestros invitados de honor, al señor Presidente Enrique Peña Nieto, a quien agradecemos mucho su deferencia, al Jefe de Gobierno de la Ciudad de México, Miguel Ángel Mancera, al Secretario de Educación Pública, Aurelio Nuño, a nuestro querido Presidente de la Junta de Gobierno, don Alberto Baillères, a los secretarios y gobernadores, al rector de la UNAM, Enrique Graue, y a todos los miembros de nuestra comunidad universitaria y amigos que nos acompañan. Gozosos alabamos la labor universitaria de esta institución, ¡haya aquí por siempre tan sólo amor por la verdad y devoción a nuestra misión de contribuir a la libertad, la justicia y la prosperidad de nuestra Nación!

Esta conmemoración es un merecido homenaje al legado del ITAM y a quienes lo han hecho posible: a sus fundadores, a su mecenas, a su junta de gobierno, a sus directivos y a sus queridos maestros y estudiantes. Juntos han escrito la historia del ITAM, y unidos trazan y velan por su porvenir.

Nuestros fundadores, encabezados por don Raúl Baillères, anhelaban contribuir a la reconstrucción de la Nación, de su economía y de sus instituciones. Junto a otros grandes mexicanos, políticos, artistas, ingenieros, educadores e intelectuales, lograron transformar nuestro país en sólo tres décadas: México le debe mucho a esta generación.

Su fe en México y su visión de largo alcance son notables; en 1940, sólo había 26 mil estudiantes de educación superior, cuando hoy se cuentan más de 3.5 millones y alcanza al 35% de la población correspondiente. Esta generación vislumbró el futuro y se anticipó enérgicamente a construirlo.

Nuestros fundadores, al mismo tiempo que creaban industrias, bancos y comercios, se ocuparon de pensar en cómo contribuir desinteresadamente a la educación superior del país. Reunieron donativos, se informaron, consultaron y convocaron a académicos nacionales e internacionales para hacerlo bien: como se debe. Así nació el ITAM, fruto de una gran generosidad y de una admirable visión de esperanza en la educación y en el futuro de México. ¡Salve a don Raúl Baillères y al grupo fundador! ¡Salve al ITAM! A nuestro querido mecenas, don Alberto Baillères, le debemos mucho. Durante 50 años ha presidido la junta de gobierno del instituto con sabiduría, con prudencia y con gran energía. Ha sido un baluarte en la defensa de valores universitarios, como la libertad de cátedra y la autonomía académica.

Desde que era estudiante, don Alberto compartió los sueños de su padre y los hizo suyos. A lo largo del tiempo y observando lo que se ha conseguido y lo que el país necesita, estos sueños los ha ido haciendo más grandes: entre desvelos gozosos, ha bordado y acariciado sus propios sueños para el devenir del ITAM, y en vigilia, los encauza para hacerlos realidad.

Con amor infinito a esta casa de estudios, no ha escatimado recursos ni tasado su tiempo de dedicación, y con contagioso entusiasmo ha impulsado su desarrollo.

Nuestra comunidad universitaria se llenó de orgullo cuando don Alberto fue merecidamente condecorado, el año pasado, por el Senado de la República con la medalla Belisario Domínguez por sus prominentes logros empresariales, su destacada contribución a la educación superior y a su compromiso probado con el país. Con humildad y decoro la recibió emocionado, matizando: “con la reserva de que la única valía que reconozco para esta distinción es la de mi gran amor por México, que es lo que me mueve y me ha movido siempre”.

El ITAM ha sido muy afortunado de contar con don Alberto: un noble caballero, un mexicano ejemplar, un ser humano excepcional y polifacético, que comprende y asume cabalmente la misión de la Universidad. Don Alberto: ¡el ITAM es su mayor y más perdurable legado a México! Muchas gracias.

Nuestra junta de gobierno también se ha visto favorecida, a lo largo del tiempo, con la participación de diversas personalidades que le han prestado consejo y ayuda invaluable. A todos ellos, les expresamos afectuosamente nuestra gratitud. Don Miguel Mancera Aguayo merece una mención especial por su infatigable y muy valiosa contribución a la junta de gobierno durante cincuenta años.

A nuestros rectores y directivos se les reconoce y aprecia por sus valiosas aportaciones a la buena marcha y desarrollo del Instituto a lo largo de estas siete décadas. No podría nombrar a todos, pero quisiera recordar con afecto y agradecimiento a Eduardo García Máynez, a Gustavo Petricioli, a Joaquín Gómez Morfín, a Antonio Carrillo Flores y, muy especialmente, a Javier Beristáin.

Desde su fundación, el ITAM ha procurado conformar un cuerpo académico excepcional. A nada se le dedica más empeño, recursos, y cuidado que a la selección, el desarrollo y la retención de nuestra facultad. ¡No es para menos: nuestra misión educativa está en sus manos!

Estamos muy orgullosos de nuestros profesores por todo lo que han hecho por el Instituto con vocación, devoción y empeño. Ellos entienden la gran responsabilidad que tienen con el aprendizaje, el desarrollo intelectual y la formación de sus estudiantes. Nuestros profesores asumen con fervor la noble misión de la universidad y aspiran a trascender compartiendo su saber, irradiando sus ideales, despertando las

conciencias, inspirando entusiasmo por el conocimiento y esperanzas en el futuro, y, por supuesto, mediante sus contribuciones intelectuales a la ciencia y a las humanidades.

A nuestros queridos y admirados profesores les decimos, con todo cariño, que esta celebración es un merecido homenaje a su labor. Reciban un entrañable y sincero mensaje de gratitud y reconocimiento de nuestra comunidad universitaria.

Los estudiantes del Instituto son el centro de nuestro quehacer, la razón de nuestros empeños; su progreso humano: el gozo de nuestros desvelos. En el trato cotidiano con nuestros estudiantes, nada nos emociona más que advertir el poder transformador de la educación; avizorar la fertilidad de su intelecto y ejercer el privilegio de cultivarlo; contar con la oportunidad de compartir y alimentar sus sueños; tener la ocasión de acudir a su razón y de palpar su corazón para que sean más humanos y plenamente responsables con la sociedad. Nos complace, también, poder elevar su espíritu para que busquen la trascendencia.

En nuestros queridos estudiantes, y en aquéllos que lo han sido, tenemos todas nuestras esperanzas; sus valiosas contribuciones al presente y al porvenir de México constituyen, para nuestra Institución, el mayor orgullo y gratificación.

La esencia del ITAM descansa en su filosofía educativa que destaca la formación integral de los estudiantes mediante el cultivo de su intelecto, de su sentido de responsabilidad y del desarrollo de sus habilidades para aplicar el conocimiento. Buscamos facultarlos para que sean mejores seres humanos y ciudadanos, y, que mediante el dominio de un campo del saber y fieles a sus valores, puedan hacer aportaciones para el mejoramiento social.

En el aspecto formativo, nos acogemos al modelo clásico de la educación liberal que persigue, literalmente, educar a los jóvenes para la libertad, y, desde luego, para la responsabilidad que le es inherente. La libertad es un valor esencial para resguardar la dignidad humana y es una condición para la victoria de la justicia y la prosperidad. La Asociación Americana para el Avance de la Ciencia define este tipo de educación como la “que idealmente desarrolla personas con mentes abiertas; libres de provincialismos, dogmas, preconcepciones e ideologías; conscientes de sus opiniones y juicios; reflexivas de sus acciones; y, percatadas de su lugar en el ámbito social y natural”. En este modelo, las humanidades son parte fundamental.

En el valle de Anáhuac, una educación liberal no fue ajena a los toltecas, hace diez siglos. Sostenían, en una bella metáfora, que los seres humanos somos “espejos humeantes”. El espejo somos nosotros

mismos. Y el humo es la ignorancia, y sus secuelas, que enturbia la luz de nuestro conocimiento, del conocimiento de los otros y de la naturaleza; es aquello que nos impide ver con claridad la verdad. Por eso, la labor del maestro consiste en ayudar al estudiante a liberarse, a dispersar ese humo, con tareas de introspección y con saberes para que pueda mirarse en el espejo y pueda mirar el de los otros y hallar la verdad. Por cierto, Bernardino de Sahagún dijo maravillado “que los toltecas eran tan sabios que solían dialogar con su propio corazón”.

El intelecto se cultiva mediante la formación liberal y mediante el conocimiento y discernimiento crítico del contenido de las ciencias y de las disciplinas profesionales. La búsqueda intelectual debe estar acompañada de un proceso de asimilación de los saberes que desarrolle las habilidades analíticas y de síntesis necesarias para que el estudiante aprenda a aprender y sea capaz de formular juicios fundados y responsables.

Lo anterior debe integrarse con el conocimiento de las herramientas cuantitativas que ayuden al profesional a discriminar entre diferentes ideas e hipótesis en un mundo en el que “estamos ahogados de información y hambrientos de sabiduría”.

Finalmente, a la formación y al conocimiento que recibe el estudiante, se le debe añadir el desarrollo de las habilidades humanas que le faciliten tomar decisiones y acometer acciones para la transformación de la realidad.

Señoras y señores:

Llegamos al septuagésimo aniversario de la fundación del ITAM con satisfacción y alegría; también reconocemos nuestras carencias y nos empeñamos en superarlas; nos preparamos con entusiasmo para afrontar nuestros planes de desarrollo y los retos que devenga el porvenir.

La felicidad del ITAM en esta celebración es la de toda nuestra comunidad y de cada uno de sus miembros.

Concluyo como comencé: gozosos alabamos la labor universitaria de esta noble casa de estudios, ¡haya aquí por siempre tan sólo amor por la verdad y devoción a nuestra misión de contribuir a la libertad, la justicia y la prosperidad de nuestra Nación!

Gracias.